

efecto, mientras que en el pasado las armas se convertían en una prolongación sangrienta de la diplomacia y de la política, hoy se corre el riesgo de que la propia carrera de armamentos haga surgir la guerra no como consecuencia de otra cosa que de la simple aceleración de armas nuevas. La inestabilidad se ha hecho pues, absoluta.

A las circunstancias de la extrema concentración y polarización del poder económico, alcanzada con la transnacionalización del capital, corresponde sin duda, esta concentración y centralización del poder político y militar. Y, por lo demás, sin aludir aquí al hecho de que la industria armamentista constituye en sí uno de los sectores de mayor rentabilidad económica en términos de realización de garantías en el sistema de acumulación de capital.

Se ha llegado así, en la perfecta lógica del desarrollo del «libre juego de las fuerzas del mercado capitalista», y con la colaboración del «socialismo real», a la más extrema irracionalidad humana.

La lucha antiarmamentista se convierte así en una existencia y en una crítica a la naturaleza opresora y suicida del proceso de la acumulación mundial del capital, en la que, no debe olvidarse, se entrecruzan plenamente tanto el hegemonismo USA como el impresentable modelo del «socialismo real» que comanda la nomenklatura soviética desde su envejecida cúpula.

Solamente el decidido neutralismo o el no-alineamiento resultan ser hoy posiciones defendibles, en la perspectiva de una auténtica y necesaria distensión, a la que se acompañe la efectiva lucha y exigencia por otro orden económico internacional, basado en relaciones solidarias en el mundo.

Recogiendo así la más viva tradición radical antimilitarista y pacifista de las distintas corrientes emancipatorias de la humanidad (socialista, comunista, anarquista, humanista...), debe propugnarse pues el desarme unilateral y total en el mundo, con el fin de dedicar estos recursos que hoy se destinan a la industria de armamentos, a la atención del problema del hambre y de los proyectos de desarrollo económico y social para el mundo subdesarrollado.

Y no parece existir otra alternativa que la de profundizar en lo posible esta lucha y esta resistencia. Porque, como nos ha recordado Edward P. Thompson, la teoría de la disuasión basada en el equilibrio de terrores, sólo podrá comprobarse una sola vez.

Por eso la resistencia debe preceder a la declaración de guerra: solo diez segundos después ya será demasiado tarde para todo. ■ F.A.

Gran Bretaña

## LOS MAYORES ESPECTACULOS DEL MUNDO Y OTRAS VARIEDADES

EMILIO LOPEZ MENDENZ

**T**RES-millones-setenta-mil-seiscientos-veintiuno. Simplemente un número; el subtítulo: las cifras oficiales de paro que recientemente hizo públicas el Gobierno de Margaret Thatcher.

A uno, que siempre se le han atragantado las matemáticas, lo que le preocupa es: en personas, qué significa esa cifra. Pero no. El mes de enero ha sido el mes del baile de los números: los porcentajes danzaron con las estadísticas y

*Tres millones de parados hay ya en el Reino Unido y la señora Thatcher, la encorsetada dama de hierro, decía recientemente ante la Cámara de los Comunes: «Poco a poco nuestra economía se va recuperando.»*



## GRAN BRETAÑA

los índices de crecimiento se menearon con la inflación, entre el ruido atronador de una orquesta de cañones dirigidos por sofisticadas computadoras, que disparan cifras de uno, tres y seis ceros, decimales incluidos; unos cañones conservadores que se enfrentan a cañones laboristas, andanadas de salva, bombardeos intensos, tiros de gracia. Y al final, la gran carcajada de los cañoneros delante de la gran confusión del personal. Porque nos han dejado apabullados, abatidos, abotargados, atenzados, atrofiados, creyendo como imbéciles que todo es cuestión de números, de sumas y restas, que la aritmética está a la vuelta de la esquina lista para salvarnos; total, tres millones de parados que se arreglan con la cuenta de la vieja. Es decir, el incremento de rupturas de matrimonios, aumento del alcoholismo, de las enfermedades mentales, de los suicidios, de las violaciones y otros ataques sexuales, y hasta una creciente emigración de británicos desesperados hacia Australia, Canadá y Estados Unidos. Dicen los estudiosos del asunto que la señora Thatcher ha llevado al país de vuelta a los años 30.

No puede describirse sin un sabor de boca ácido la imagen de interminables colas de parados, de jóvenes cuyos ojos están cargados con la angustia más negra del mundo —porque la angustia es negra—; o los borrachos que educadamente te tiran de la manga y te piden peniques; o las viejecitas solitarias que cuentan por la televisión que prefieren quedarse sin comer para pagar la cuenta del gas o la electricidad y seguir disfrutando de calefacción mientras afuera cae la nieve silenciosamente.

Pero la señora Thatcher, encorsestada dama de hierro, madre de automovilista perdido en el desierto, matrona insensible de monetaristas principios, dice, con el más absoluto convencimiento de una marisabidilla y para que no quede el más leve asomo de duda: «Con paciencia, pero con firmeza, estamos saliendo del túnel. Poco a poco, nuestra economía se va recuperando...». Y como los ingleses son muy suyos, pues en la Cámara de los Comunes sueñan las carcajadas, los gritos de «hipócrita», y el *speaker* golpea con el martillito reclamando «orden, caballeros, orden»; pero las risas histéricas, contagiosas, continúan. Porque, supongo que nadie se creará que esto de la democracia parlamentaria inglesa es tan seria como nos cuentan los asias y fragas, que no, que uno nunca ha escuchado tanto cachondeo, tantos bramidos de descontento, gruñidos, gorjeos, pataleos e insultos, como en el Parlamento de Westminster, de verdad,

Pero claro, para que el pueblo respete las sacrosantas instituciones democráticas no hay que mostrarle la cara sucia, la salvaje, de los Parlamentos. A lo mejor por eso todavía no se permite la entrada de las cámaras en las Cámaras..., vamos, que no se pueden filmar las sesiones del Parlamento británico.

Para el respetable, aunque poco respetado, pueblo, son las sonrisas corteses, las inclinaciones de cintura, los besosumano, las bodas y los embarazos reales. Y las cifras, los números, las estadísticas.

Bueno, y Polonia. O sea, el «aquí no estamos bien, pero fijaros en los polacos», una extraordinaria e incomparable fiesta de disfraces, sólo un mes adelantada a los carnavales, uno de los más grandes espectáculos del mundo tal y como sólo Hollywood puede hacerlo. Todo cartón piedra, purpurina dorada, flores de plástico, cadáveres



La primera ministra británica, Margaret Thatcher.

vivientes, Sinatra, Reagan, Batman, Barbra Streisand, Thatcher, el Pato Donald, Calvo Sotelo, Popeye; monseñores y diáconos; cruces gigantescas con efectos luminosos especiales; mensajes cariñosos en nombre del mundo libre, occidental y cristiano, principio y fin de todas las cosas; heil Haig lanzado bendiciones de nitroglicerina sobre los niños salvadoreños. Divino el «Let Poland be Poland». Como hecho por la CIA, la chispa de la vida.

Casi tan bonito como el espectáculo que se está preparando por estos pagos británicos para el mes de mayo: el Papa va a visitar Inglaterra, Escocia y Gales. Sólo unos pocos días, pero que van a salir por un ojo de la cara,

no se crean, unos 6 millones de libras, algo así como mil y pico millones de pesetas.

Pero como con la Iglesia hemos topado, se ha constituido una sociedad que se encargará de explotar comercialmente la visita de Juan Pablo II, una sociedad de nombre poco original, la Papal Visit Limited. Y esta sociedad ya ha contratado a una firma, la International Management Group (entre otras cosas, vende la imagen del tenista Bjorn Borg), para que conceda las licencias oportunas de comercialización de productos, baratijas, chucherías y demás chorradas homologadas que se van a poner a la venta en dicha ocasión. Globos, camisetas, relojes, tazas, bolsas, llaveros, bolígrafos, libros, discursos, postalitas dedicadas: la parafernalia de la Papal Visit Ltd. se ha puesto en marcha a bombo y platillo. Aquí está, más difícil todavía, lo nunca visto, pero tan esperado, señoras y señores, Ladies and Gentlemen, con ustedes, Juan, tachín. Pablo, tachán. SEEGUNDOO: el Papa.

No es broma. Ya sé que uno debe tomarse ciertas cosas en serio. Pero es que no se puede. Uno pertenece a esa casta de pobres infelices que se resisten a perder el sentido del humor, lo último en que nos han permitido creer y lo último que nos queda a los que nos negamos a dejarnos caer por la resbaladiza y mantequillada pendiente del desencanto y el descontento, de la abulia y el aburrimiento (que son armas del imperialismo, como diría el Montalbán). No hay más que hablar.

Seguirá contando el espectáculo de mil azafatas y pilotos de la Laker Airways entonando sonrientes el himno de la compañía quebrada, a las puertas del Parlamento, recogiendo dinero para salvar al aventurero estrellado Sir Freddie Laker. Relataría cómo pensionista de dolido corazón y patriótico escapulario, o viejecitas inglesas de esas de sombrero de raso, enviaron cheques de veinte duros para que la Laker vuelva a volar. O señoras que organizaron colectas y rezaron para que Dios y la señora Thatcher echasen una mano al pionero de los vuelos transoceánicos baratos y las vacaciones para familias de clase obrera: sir Freddie Laker, quien, vista la solidaridad popular que ha desatado su quiebra, ha declarado que estaría dispuesto a fundar una nueva compañía aérea con participación pública, unas Líneas Aéreas Populares. O sea, como si de Gadhafi se tratase.

Definitivamente, «están locos estos romanos», como diría Obélix. Porque claro, con estos espectáculos, uno no tiene agallas para terminar con una cita de James Joyce, que es lo que quedaría bonito. ■ E.L.M.